

Teoría y práctica: notas para el debate en Trabajo Social

José Pablo Bentura

Introducción

El presente trabajo pretende realizar una breve recorrida por las reflexiones en torno al tema de la teoría y práctica desarrolladas por el Servicio Social Latinoamericano en el llamado movimiento de reconceptualización profesional. Buscaremos, dentro de nuestras posibilidades, que dicha recorrida no sea apenas descriptiva, es decir, pretendemos realizar una lectura crítica de las mencionadas reflexiones, sin pretender de ninguna manera ser exhaustivos.

El movimiento que nos ocupa es parte constitutiva de un proceso mayor, el llamado proceso de "renovación profesional" (Netto, 1994: 127 y ss.). Existe una marcada tendencia a confundir "renovación profesional" y "reconceptualización". En realidad la renovación profesional es un proceso que comienza en los años 60 y por su enorme heterogeneidad algunos autores prefieren diferenciarlo en dos categorías de análisis que parecen más apropiadas: "renovación" y a su interior el movimiento de "reconceptualización" que tiene características propias y que se desarrolla fundamentalmente

en América Latina, mientras que el proceso de renovación es un fenómeno que involucró al Servicio Social de todo el mundo. Más allá de la heterogeneidad del propio movimiento de reconceptualización hay una característica que lo define y le da una identidad propia dentro del proceso de renovación: el rechazo explícito al Servicio Social tradicional y, más allá de matices, una búsqueda de un Servicio Social progresista. Pensamos que más allá de la referencia específica a Brasil, la definición más apropiada de renovación que encontramos la tenemos en José Paulo Netto: "*Entendemos por renovación el conjunto de características nuevas que, en el marco de las restricciones de la autocracia burguesa, el Servicio Social articuló, con base en la recomposición de sus tradiciones y de la asunción de la contribución del pensamiento social contemporáneo, procurando investirse como institución de naturaleza profesional dotada de legitimación práctica, a través de respuestas a demandas sociales, de su sistematización, y de validación teórica, mediante la remisión a las teorías y disciplinas sociales*". (Netto, 1994: 131)

La discusión en torno a la relación teoría y práctica ha estado presente en toda la reflexión relevante del Servicio Social, aunque ha tomado una centralidad destacable a partir del proceso de renovación operado en la profesión a partir de los años sesenta. Pensamos que el movimiento de reconceptualización marca el punto más alto de la reflexión en un momento

JOSE PABLO BENTURA

MA. en Trabajo Social. Universidad Federal de Río de Janeiro, Escuela de Servicio Social.

fundamental y extremadamente fermental de la profesión. Recorrer esta etapa es también importante para conocer las características de un proceso que no está acabado y que se inició con algunos problemas y "vicios" que sin duda la profesión ha intentado superar pero que todavía la condicionan negativamente. No queremos dejar de anotar que muchas de las reflexiones que se expondrán, han sido sin duda ampliamente superadas en los ámbitos académicos brasileños; de lo que no estamos tan seguros es de que haya ocurrido lo propio en medios académicos de otros países latinoamericanos. Por el contrario, la impresión que nos queda es que en el mejor de los casos, en el resto de América el Servicio Social no ha superado la "reconceptualización", cuando no ha involucrado a etapas anteriores. Esto se debe a las diferencias innegables entre la dictadura brasileña y las dictaduras del resto de América. El carácter contra-revolucionario y homicida es el mismo, pero la dictadura brasileña a diferencia de las otras no destruyó las instituciones universitarias como en el resto de América. Por el contrario, la dictadura brasileña redimensionó la Universidad, es obvio que la hizo funcional a ella (ver Netto, 1993: 53 y ss. y 118 y ss.) pero también es obvio que es más fácil reformular una estructura académica existente que rehacer una destruida.

Cuando nos enfrentamos a esta tarea, lo hacemos conscientes de encontrarnos profundamente involucrados en el proceso en cuestión. Nuestra formación estuvo atravesada por las discusiones que intentaremos exponer a continuación, en un momento en que el radicalismo irreflexivo se nos presentaba como la única alternativa a un conservadurismo siempre presente en nuestra profesión. La salida de la dictadura en Uruguay a mediados de los años ochenta representó para los profesionales progresistas una exagerada idealización de los años sesenta y a causa de esto una importante dificultad de retomar críticamente las discusiones abortadas por la

dictadura.⁽¹⁾ Esta idealización acrítica no podía generar otra cosa que lo que generó: un reforzamiento sin precedentes del conservadurismo más descarado. A partir de lo antes expuesto, pensamos pertinente sugerir que el presente texto sea leído más como un intento de autocrítica que de crítica.

La reconceptualización del Servicio Social

Es indudable que los años sesenta deben ser considerados un momento a ser destacado en la historia del siglo. *"Se ha dicho que 'todos estamos conscientes de vivir en la época más catastróficamente revolucionaria que los hombres hayan jamás confrontado'; que 'los decenios transcurridos del siglo XX han sido los más revolucionarios de la historia de la humanidad'. Las opiniones mencionadas (de una intelectual católica, norteamericana y de un intelectual marxista ruso) coinciden en destacar lo revolucionario de nuestra época."* (Ander-Egg, 1971: 3). También es indudable que las convulsiones que parecían que iban a resquebrajar todo el mundo civilizado, no fueron tan "catastróficas" como sus protagonistas las imaginaban: *"El motivo por el cual 1968 (con su prolongamiento en 1969 y 1970) no fue la revolución, y jamás pareció que sería o podría ser, era que los estudiantes, por más numerosos y movilizables que fuesen, no podían hacerla solos... Donde amenazaron tener impacto político fueron eliminados rápidamente, en cuanto las autoridades decidieron actuar: en la década de 1970, actuaron con brutalidad sin par y tortura sistemática en las 'guerras sucias' de América Latina".* (Hobsbawm, 1995: 293) De todos modos es innegable el impacto cultural de esos años. En América Latina donde el sistema sí se sintió amenazado, el Servicio Social no podía de manera alguna mantenerse al margen. El llamado

1. Insistimos en el profundo involucramiento personal en el proceso analizado, de ahí que muchas de las "opiniones" vertidas en este texto tal vez deban ser contrastadas con un observador más objetivo.

movimiento de reconceptualización no tuvo nada de original si lo relacionamos con lo que estaba ocurriendo en el resto de la sociedad, sus discusiones, sus certezas, sus aciertos y errores, eran, a grandes rasgos y salvando las distancias, una réplica de lo que estaba ocurriendo en la sociedad toda. La crítica radical al Servicio Social tradicional era una prolongación de la crítica radical que las nuevas generaciones realizaban en general a cualquier cosa que fuera o pareciera tradicional. Un poco en este estilo es que un grupo de profesionales, muchas veces vinculados al movimiento estudiantil, sintió la necesidad de transformaciones que el Servicio Social tradicional innegablemente necesitaba. Pero desde una perspectiva crítica que nosotros nos atreveríamos a llamar "positiva", en el sentido de que muchas veces era incapaz de ver el carácter dialéctico del Servicio Social (sería más correcto decir: del papel del Servicio Social en las Instituciones administradoras de políticas sociales) y solo podían percibir el carácter funcional al orden social de "la práctica tradicional" de los asistentes sociales: *"el Servicio Social, o mejor dicho sus profesionales continúan desarrollando un quehacer que en última instancia sólo significa el ajustar, adaptar o acomodar al hombre, lo mejor posible, a tales estructuras sociales."* (Ander-Egg, 1971: 37). Esta percepción llevó a un rechazo por parte de los nuevos teóricos del Servicio Social al trabajo social en las instituciones que tradicionalmente empleaban asistentes sociales. Se reclamaba a los asistentes sociales comprometidos con una visión progresista que buscaran nuevos espacios ocupacionales que permitieran desarrollar una práctica transformadora. Se creaba así una polaridad no dialéctica en el universo profesional entre asistentes sociales que trabajaban en instituciones donde adaptaban, ajustaban, desmovilizaba y mantenían el statu quo y asistentes sociales que trabajaban en la comunidad donde concientizaban,

politizaban, organizaban y transformaban la realidad. No se podía percibir que *"si el Asistente Social, en la condición de trabajador asalariado, debe responder a las exigencias básicas de la entidad que contrata sus servicios, dispone de relativa autonomía en el ejercicio de sus funciones institucionales, siendo co-responsable por el rumbo impreso a sus actividades y por la forma de conducirla."* (Iamamoto y Carvalho, 1993: 121) Todo este proceso no deja de recordar las discusiones sobre vanguardismo tan difundida en los movimientos políticos de la época. De hecho, el grueso de los profesionales continuaba, como es lógico e inevitable, empleados en espacios ocupacionales "tradicionales", y más allá que lograra o no una "práctica alternativa", la percepción, incluso su autopercepción, difícilmente podía escapar a la de que estaba desarrollando una práctica funcional al sistema. La tendencia, salvo situaciones extraordinarias, no podía ser otra que la resignación en la medida que no es posible una práctica alternativa pura ya que siempre la "autonomía es relativa", es inevitable la negociación en cualquier práctica profesional. Esto es así incluso en las prácticas fuera de las instituciones del Estado tan valoradas por la reconceptualización. Es verdad que las políticas sociales son funcionales al sistema, es así que *"el Servicio Social, al ser incorporado al aparato del Estado, tiende a reproducir en su práctica institucional, no sólo el paternalismo autoritario estatal en relación a la clase trabajadora, sino también el discurso del Estado, expresión de la ideología de los gobernantes."* (Iamamoto y Carvalho, 1993: 119) pero también es cierto que *"los servicios sociales responden a las necesidades legítimas, en la medida que son, muchas veces, temas de luchas político reivindicativas de la clase trabajadora, en el empeño de tener sus derechos sociales reconocidos, como estrategia de defensa de su propia sobrevivencia"*. (Iamamoto y Carvalho, 1993: 103)

Mesianismo, entre la omnipotencia y la impotencia

Es indudable la influencia de la revolución cubana en la construcción, de lo que nosotros denominaríamos, la sensibilidad de la época, nos resulta especialmente gráfico la descripción realizada por Eric Hobsbawm. *"Curiosamente, fue un movimiento relativamente pequeño (...) atípico pero con éxito, que puso la estrategia de guerrillas en las primeras páginas del mundo: la revolución que tomó la isla caribeña de Cuba el 1º de enero de 1959. Fidel Castro (1927-) era una figura no característica en la política latinoamericana: un joven fuerte y carismático de buena familia propietaria de tierras, de política indefinida, pero que estaba decidido a demostrar bravura personal y ser un héroe de cualquier causa de la libertad contra la tiranía que se presentara en el momento cierto"*. (Hobsbawm, 1995: 426) Todo era posible si existía la suficiente convicción y entereza, incluso lograr que la revolución descendiese de las montañas, esto sea dicho tanto literal como metafóricamente.

La gran discusión en el Servicio Social era sin duda (y en esto tampoco fue original) entre revolución y reforma, y cual era el papel de la práctica de los Asistentes Sociales ya sea en las reformas o en la revolución. En lo que, curiosamente, existía casi un consenso era que tanto en la reforma como en la revolución el Servicio Social debía ocupar un lugar protagónico y la práctica de los asistentes sociales debía ser *"la fuente de la teoría"* que le permitiera ocupar ese lugar: *"Desde el punto de vista del Instituto de Solidaridad Internacional de la Fundación Konrad-Adenauer, debe prestar un aporte para establecer una sociedad dinámica con una estructura social justa en los países en vía de desarrollo así como el encuentro y el diálogo con grupos socio-políticos importantes de estos países. (En este proceso) la promoción del Trabajo Social latinoamericano juega un papel trascendente (...). Este estudio dio como resultado el*

conocimiento de que en América Latina existía (y existe) un movimiento digno de ser fomentado y que es lo que quiere lograr la reconceptualización del Trabajo Social, por medio de la emancipación de las influencias europeas, así como de las norteamericanas y la formulación de una metodología propia, orientada hacia la producción de cambios sociales". (Klaus Oehler en Kruse, 1976: 7-8, el subrayado es nuestro) Un espíritu similar aunque más claramente orientado a una perspectiva revolucionaria lo tenemos en el grupo de Belo Horizonte *"La transformación de la sociedad y la realización del hombre se presentan como meta final de todo trabajo social. La concreción de esta meta exige la delimitación de objetivos-medio que la operacionalicen"*. (Lima Santos, 1993: 40, el subrayado es nuestro) O en otra versión *"es un momento de transición y ruptura, porque precisamente aquella concepción de ajuste y acomodación, que ha caracterizado el Servicio Social hasta hoy día paulatinamente —por lo menos en teoría— ha sido desplazada por otra que ve en éste a un instrumento que puede contribuir al cambio de estructuras sociales, al cambio del sistema económico-social vigente en Latinoamérica, lo que implica romper con aquel cuerpo teórico y metodológico que sustentaba aquella concepción y condicionaba su actuar"*. (Ander-Egg, 1971: 37-8, el subrayado es nuestro) O en las palabras de Herman Kruse: *"La concepción desarrollista es ya un camino agotado y ha llegado la hora de reconceptualizar nuevamente el servicio social, capitalizando las enseñanzas y los logros de las etapas anteriores, pero mirando alrededor, la problemática real que sufre nuestro continente y hacia adelante, las metas de liberación y cambio que queremos alcanzar"*. (Kruse, 1970: 23, el subrayado es nuestro).

Indudablemente tanto para trascender el Servicio Social tradicional, como para ocupar

un supuesto lugar protagónico en las transformaciones sociales, el Servicio Social debía buscar aportes en las ciencias sociales. El problema es que los protagonistas de esta historia percibían que la revolución estaba "a la vuelta de la esquina". La búsqueda de estos aportes fue realizada en divulgadores y muchas veces (en el caso de la búsqueda en la tradición marxista esto es clarísimo), en divulgadores que también estaban buscando aportes en las ciencias sociales para enfrentar problemas concretos. (2) Esto de algún modo se explica porque *"La aproximación a los 'marxismos' se dio, en muchos casos, a través de la militancia político-partidaria y, solo tardíamente, su discusión fue incorporada al debate profesional-académico"*. (Quiroga, 1991: 102)

Nos pareció curioso al recorrer la obra de H. Kruse —un teórico del Servicio Social que sin duda realizó aportes invalorable, pero que de ningún modo escapó a este problema— encontrar que recoge el aporte de un asistente social norteamericano que ya en los años 50, obviamente desde una perspectiva distinta a la nuestra, de algún modo apuntaba este problema. *"En segundo lugar, tendemos a darle al material adaptado un grado de seguridad más elevado que el que le es dado originalmente por la disciplina que desarrolló tal conocimiento. Un tercer riesgo radica en el hecho que tendemos a adoptar una versión simplificada de la verdad y se falsifica, en la medida que es simplificada"*. (Kadushin en Kruse, 1976: 51) Pero este tipo de intuiciones, eran raras y en general no eran tomadas demasiado en serio. Creemos que la tónica del proceso de renovación profesional estuvo marcada por una característica que marcó al Servicio Social desde sus inicios. *"En el Servicio Social, en todos sus abordajes,*

incluso el marxista, siempre predominó una tendencia mesiánica voluntarista, en que se enfatizaba la dimensión subjetivista, procurando rescatar el papel del hombre en la construcción de la historia, menospreciando el reconocimiento y la consideración del movimiento de la sociedad como un proceso que incluye determinaciones objetivas materiales" (Quiroga, 1991: 109–10) Dentro de esta tónica, los profesionales estaban preocupados por buscar insumos en las ciencias sociales que de algún modo subvencionaran su práctica pero sin renunciar de ningún modo a presupuestos que no eran puestos en discusión. Uno de ellos, sin duda, es el apuntado por Consuelo Quiroga, ese "voluntarismo mesiánico" que acababa por subestimar la teoría que quedaba subordinada a una práctica, que según esta perspectiva idealista, si era conducida por una actitud persistente y, nosotros diríamos, con la suficiente "terquedad" necesariamente, acabaría por doblegar a la realidad. Dentro de esta lógica, muchas veces se buscaban en la teoría apenas confirmaciones de lo que la práctica supuestamente ya había enseñado y que no estaba en cuestión. Un profesional con una excesiva preocupación por la teoría corría el riesgo de ser acusado de "intelectual", terrible acusación en una profesión que consideraba que su especificidad era *la práctica*. Esta especificidad era precisamente, desde esta particular visión del mundo, la que colocaba al Servicio Social en un lugar de *destaque a la hora de transformar el mundo*. Parece dudoso suponer que los asistentes sociales reconceptuados leyeran a Hegel en profundidad. De todos modos, da la impresión de que por momentos el Servicio Social tenía la sensación de que su rol era constituirse en una especie de clase universal al estilo de la burocracia hegeliana, o al menos debía ser fiel a valores universales siempre con un aire idealista que Marx no hubiera dudado en canonizar como mordazmente hizo con sus contemporáneos neohegelianos en *La Sagrada Familia*. Es probable que esta característica, que no es ex-

2. Apuntamos como ejemplo la búsqueda de aportes en la obra de líderes revolucionarios, muchas veces más preocupados en encontrar instrumentos en el marxismo para dirigir la revolución en su países que en hacer teoría.

clusiva de la reconceptualización, y en la cual el Servicio Social muchas veces tiene recaídas, tenga sus orígenes en la influencia de la Iglesia en la profesión, aunque tampoco el Servicio Social de raíz marxista escapa a esta característica. Esta tendencia al idealismo genera también (¿o es generado por?) un Servicio Social que nosotros llamaríamos culposo, como si el Servicio Social viniera arrastrando una cruz como el lastre que el pecado original le cargó, o en otros términos una mala conciencia de clase que es preciso purgar. Esto agrega una especie de tendencia del Servicio Social a regodearse con el fracaso. Destacarse en Servicio Social nunca es bien visto; la ambición (nos referimos a la saludable ambición por superarse intelectualmente y destacarse) en Servicio Social es simplemente un pecado capital, y sabemos que los pecados capitales no tienen perdón. Si un colega se destaca por su producción teórica es porque no se ha *sacrificado desinteresadamente en su práctica*. Esto, que algunas veces es implícito, muchas veces es explicitado lisa y llanamente.

En la búsqueda realizada en las ciencias sociales el Servicio Social, como vimos, incorporó la tradición marxista; la sociología de raíz positivista pura, fue incorporada tanto conscientemente en las elaboraciones conservadoras propuestas por la tendencia modernizadora cuyo teórico más relevante es Lucena Dantas (ver Netto, 1994: 164 y ss.) como inconscientemente por las penetraciones positivistas en el marxismo; ahora bien, dentro de la reconceptualización también podemos visualizar una tendencia que se queda a medio camino entre el positivismo y el marxismo, reconociendo los aportes de ambas corrientes pero negándose a incluirse dentro de ellas. Rechaza el positivismo por su carácter eminentemente conservador, por no decir reaccionario, pero sin decidirse a aceptar el marxismo. Un claro ejemplo de esto está expresado en la producción de Herman Kruse, un destacado exponente de la reconceptualización que en sus trabajos busca

dejar claro que él no es marxista, aunque reconoce los aportes del marxismo en su obra. Lo que, a nuestro modo de ver, resulta curioso es la ausencia de una búsqueda en la obra de Weber (3) que *"se sitúa a medio camino entre el desconocimiento del determinismo social del pensamiento sociológico en los positivistas y su aceptación integral por los marxistas"* (Lowy, 1978: 14) Tal vez el motivo por el cual los asistentes sociales no toman ningún aporte de la obra de Weber, ni siquiera a través de divulgadores, se deba al carácter resignado de su obra. Allí no se encuentran instrumentos para transformar la sociedad en los términos ideales en que el Servicio Social pretendía (4). Por ejemplo, *"es evidente que hay un punto en común entre las preocupaciones de Marx y de Weber, y que no debe ser subestimado: la posición central atribuida a los problemas de la sociedad capitalista en la obra de ambos, aunque con la diferencia de que en un caso eso conduce a una crítica revolucionaria y en el otro a una crítica marcada por la resignación"*. (Cohn, 1979: 79)

Por un lado, existe un sentimiento de omnipotencia de parte de la profesión: paralelamente, reconocía en sus orígenes un casi estigma que era preciso rechazar categóricamente. ¿No será justamente en ese supuesto estigma que debemos buscar la respuesta? No creemos estar forzando las cosas si vemos a la omnipotencia como el otro lado de la moneda de su opuesto: la impotencia, impotencia a la que nuestros colegas se enfrentaban cotidianamente ante esa realidad que se muestra persistente en extremo cuando pretendemos acometerla ingenuamente armados de consignas románticas, que pueden encendernos la sangre, pero a la hora de enfrentar la realidad se muestran

3. Nos llamó la atención de esto nuestro colega Luis Acosta

4. Es evidente que en la obra marxiana tampoco, pero si es posible encontrarlos en alguna perspectiva marxista

como lo que son: apenas consignas románticas. Decimos, auxiliados por Marx: *"al combatir solamente las frases de este mundo, no combaten en modo alguno el mundo real existente"*. (Marx y Engels, 1986: 14, t.1) En términos mucho más precisos que nosotros dirá Marilda Iamamoto: *"la comprensión de la práctica social predominante en el medio profesional oscila entre el fatalismo y el mesianismo. Aparentemente opuestas y excluyentes, tales interpretaciones se encuentran estrechamente articuladas, expresando de un lado, el reconocimiento de la existencia de conflictos y tensiones sociales; y del otro, la imposibilidad de enfrentarlos con los propios medios ofrecidos por el desarrollo histórico"* (Iamamoto, 1995: 113). O en las palabras de Georg Lukács: *"fatalismo y voluntarismo sólo son contradictorios en una perspectiva no dialéctica y no histórica. Para la concepción dialéctica de la historia son polos unidos por una relación de complementariedad recíproca, reflejos en el pensamiento por los cuales se expresa claramente el antagonismo del orden social capitalista, la imposibilidad de resolver sus problemas con sus propios métodos."* (Lukács, 1989: 18) *El Servicio Social ha estado muchas veces detrás de un discurso aparentemente seguro de sí, marcado por un profundo sentimiento de inferioridad frente a las otras ciencias sociales a las que miraba con desprecio y acusaba despectivamente de "teóricas". Creemos que ese desprecio escondía la sensación de que la mirada era dirigida siempre desde abajo, siempre desde un lugar de subordinación. Este sentimiento, que pudo ser, si se hubiera encaminado adecuadamente, un impulso para la superación, se volvió un lastre que llevó a la profesión por caminos equivocados de autoafirmación a través de la exaltación de los que precisamente eran sus puntos débiles. Otra de las causas de ese sentimiento de inferioridad lo podemos encontrar en algunos planteos de la izquierda de la época, que a partir de una importante influencia de teóricos como Althusser, con una perspectiva maniquea de la realidad, volvían incuestionable el hecho de que las instituciones del Es-*

tado, ámbito privilegiado de trabajo de los asistentes sociales, cumplían una función de aparatos ideológicos. Y "todos los Aparatos Ideológicos de Estado, cualesquiera que sean, concurren al mismo resultado: la reproducción de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones de explotación capitalistas" (Althusser, 1977: 95). Allí lo único que es posible hacer según esta perspectiva es, como dice Ander-Egg, desarrollar "un quehacer que en última instancia sólo significa el ajustar, adaptar o acomodar al hombre, lo mejor posible, a tales estructuras sociales." (Ander-Egg, 1971: 37)

La producción de conocimiento en Servicio Social

Una de las estrategias por superar este sentimiento de inferioridad está dado por una difusión bastante importante de un absurdo, que no deja de ser curioso en una profesión que, como vimos, buscaba exaltar la práctica por sobre la teoría. Nos referimos al intento por demostrar que el Servicio Social era una ciencia con un objeto propio. Apenas era necesario definir claramente cuál era ese pretendido objeto y automáticamente surgiría una nueva ciencia en el terreno de las ciencias sociales, incluso, aunque parezca increíble esto ocurría en profesionales que se ubicaban dentro de la tradición marxista, que, a grandes rasgos, consideraban la división de las ciencias sociales como un mecanismo de la burguesía para fragmentar el conocimiento sobre lo social. *"El hecho de que las ciencias sociales burguesas no consigan superar una mezquina especialización es una verdad, pero las razones no son las apuntadas. No reside en la vastedad de la amplitud del saber humano, sino en el modo y en la dirección de desarrollo de las ciencias sociales modernas. La decadencia de la ideología burguesa operó en ellas una modificación tan intensa, que no se pueden relacionar más entre sí"*. (Lukács, 1992: 122).

Pero cual sería este objeto específico de esta nueva ciencia: *"Desde esta perspectiva,*

¿cuál sería entonces el objeto del Trabajo Social? Los problemas o necesidades sociales, situaciones originadas por carencias". (AA.VV., 1994: 29) (5).

Otra variedad de esta perspectiva no afirmaba que el Servicio Social fuera una ciencia, pero sí que existía un método profesional que era un método científico. "No es infundado suponer que, en estas condiciones, la inversión operada —es decir, la definición del estatuto profesional del Servicio Social apelando a sus pretendidas bases 'científicas'— parecía desobstruir el conducto para superar esa condición subalterna" (Netto, 1994: 75) Esto queda claro en las palabras de Leila Lima Santos: "Con el objetivo de elaborar un método científico, el método profesional se fundamenta en las relaciones, principios y leyes inherentes a la propia realidad. Tales elementos constituyen el contenido objetivo del método y permiten concluir que el método profesional está directamente ligado a la teoría científica y a la realidad histórica, siendo inconcebible sin ellas" (Lima Santos, 1993: 47).

En general, el Servicio Social reconceptuado se caracterizó por un rechazo explícito al positivismo, a su carácter eminentemente conservador y contra-revolucionario no podía ser aceptado de ningún modo. Ahora bien, este rechazo que compartimos en todos sus términos era expresado a través de una simplificación absoluta del oponente, al punto que como ya vimos el positivismo penetraba sin mayores problemas en sus producciones. El pragmatismo y mecanicismos presentes en la profesión son una prueba de ello, pero lo que nos interesa destacar en este punto es un recurso que, si

bien no es exclusivo de la profesión, se tornó un elemento bastante característico de ella. Como es sabido, uno de los principios fundamentales del positivismo es apelar a la objetividad, a la neutralidad valorativa. Ahora bien, el reconocer en esta pretendida objetividad no sólo una imposibilidad, sino también un recurso ideológico de la ciencia burguesa tendiente a decretar la inmutabilidad del orden burgués, no significa de ninguna manera dar licencia para el uso irrestricto de la subjetividad, con lo que, indudablemente, se abriría un camino para el relativismo que sin duda es también un recurso ideológico de la burguesía, que otra cosa es sino el "posmodernismo". Las apelaciones realizadas por la profesión al valor científico del conocimiento que surge de la práctica y de sus sistematizaciones, con una clara tendencia a valorar el saber que surge de la experiencia, muchas veces con un romántico intento de democratizar el saber, no ya socializándolo sino pretendiendo que no existen saberes superiores abre, desde nuestro punto de vista, una puerta al irracionalismo y el relativismo.

La especificidad del servicio social

Otro factor de profunda inseguridad que alimenta el sentimiento de inferioridad apuntado, tiene relación con la que tal vez es una característica singular del Servicio Social, y que se ha vuelto un tema recurrente en las reflexiones de la categoría: el problema de la identidad profesional que parece reeditar periódicamente la nunca bien respondida pregunta ¿qué es un asistente social? No tenemos elementos para afirmarlo pero sería interesante investigar si existe otra profesión que se haya preguntado tanto sobre su identidad como el Servicio Social. Lo que ocurre es como dice José Paulo Netto "la especificidad profesional se convierte en una incógnita para los asistentes sociales (y no solo para ellos): la profesionalización permanece en un circuito ideal, que no se traduce operacionalmente" (Netto, 1992b: 100) Las respuestas a este problema tenían dos

5. Creímos pertinente utilizar este material cuya producción es reciente (1994) no con el afán de descalificarlo, sino para llamar la atención que perspectivas de análisis que se suponen ampliamente superadas en el ambiente académico brasileiro, en otros medios profesionales, donde las dictaduras tuvieron un efecto brutalmente devastador en la cultura y la producción académica, aun persisten.

respuestas posibles no necesariamente excluyentes. Por un lado, el intento por definir una especificidad profesional. En general la respuesta más difundida era que la especificidad profesional se refería a la intervención sobre los problemas sociales, asumiendo una exclusividad que de hecho el Servicio Social no tiene. Incluso esta pretendida exclusividad se contradice con el permanente reclamo del Servicio Social de trabajar en equipos interdisciplinarios. Por otro, se planteaba que existiría una modalidad de intervención que caracterizaba al Servicio Social y que estaría contenida en el método profesional, también llamado método científico. En realidad este supuesto método científico no es tal, ya el propio Ander-Egg dirá: *"bien lo ha dicho Cora Kasius (1959): los métodos del Servicio Social, se asemejan en su estructura esencial, a las disciplinas profesionales: 1. Estudio 2. Diagnóstico. 3. Formulación del plan 4. Tratamiento o ejecución"* (Ander-Egg, 1971: 148). Se vio obligado a decir semejante obviedad, simplemente porque no era extraño al Servicio Social (y aunque parezca difícil de creer sigue sin ser extraño) plantear que esa modalidad de intervención, pensamos que común a cualquier tipo de intervención humana mínimamente racional, era una modalidad de intervención propia y exclusiva del Servicio Social y en definitiva lo que le daba su identidad. Lo cierto es que para desesperación de muchos colegas *"la afirmación y el desarrollo de un estatuto profesional (y de los papeles a él vinculados) se opera mediante la interrelación de un doble dinamismo: de una parte, aquél que surge por las demandas que le son socialmente colocadas; de otro, aquél que es viabilizado por las reservas propias de fuerzas (teóricas y práctico-sociales), aptas o no para responder a las exigencias extrínsecas —y este es, en fin, el campo en que incide su sistema de saber—"* (Netto, 1992b: 85). En definitiva, esto que puede resultar fuente de inseguridad es también la constatación de que el Servicio Social puede, sin dejar los espacios donde ha

logrado cierta legitimidad, buscar nuevos espacios de inserción profesional. La pregunta a formular no es si un espacio de inserción se relaciona con la especificidad profesional; la pregunta a formular es si existe interés por parte de la profesión de dar respuestas a las demandas que generaron ese espacio profesional y fundamentalmente si la profesión tiene los recursos "teóricos y práctico sociales" para hacerlo. Es en este mismo sentido que se abre otra posibilidad para la profesión, posibilidad que el Servicio Social brasileño viene desarrollando ampliamente. Nos referimos a la participación activa del Servicio Social en la producción de conocimientos a través de la investigación y no ya de la simple sistematización de la práctica.

Otro error bastante difundido en la profesión reconceptualizada: que la sistematización de una práctica es una herramienta imprescindible para el desarrollo profesional. La práctica permite evaluar una experiencia, difundirla, incluso valorar la instrumentalidad de conocimientos y saberes, pero de ninguna manera generar conocimiento nuevo. Esto es válido tanto para la sociología positivista como para la tradición marxista. El planteo muy difundido durante la reconceptualización de que la práctica era fuente de teoría respondía a una lectura equivocada de la tradición marxista. Marx en su segunda tesis sobre Feuerbach dice: *"El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica que el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento"* (Marx, en Marx y Engels, 1986: 7-8, t.1). Marx se está refiriendo concretamente a la práctica social de los hombres y no a una práctica profesional cualquiera sea su dimensión y alcances, que sin duda es parte constitutiva de la práctica social pero de ningún modo La Práctica Social. Podríamos decir, parafraseando a Engels (Engels en Marx y Engels, 1986: 360 t.3) que, plantea-

da así la tarea del Servicio Social, no significa otra cosa que pretender que una sola profesión nos dé lo que sólo puede darnos la humanidad entera en su trayectoria de progreso.

Conclusiones

Iniciamos este trabajo, que a pesar de sus limitaciones ahora intentamos concluir, con profundas dudas e inseguridades. No pudimos dejar de sentir en ningún momento que esta supuesta crítica era en verdad el comienzo de un proceso de autocritica, en más de una oportunidad. Al releer estas líneas no pudimos menos que sentir una sana vergüenza por vernos reflejados en ideas que ahora criticamos radicalmente. Decimos sana porque somos conscientes de que tal vez en menos tiempo del que imaginamos, estas páginas nos enfrenten nuevamente con esa misma sensación. Esperamos que así sea pues será una señal de que continuamos con capacidad para aprender y superar nuestras producciones.

Nuestra formación estuvo sin duda marcada por todas estas ideas que ahora intentamos recorrer críticamente, absolutamente atravesados por una subjetividad inevitable, pero que nos envolvía con un peso mayor aún. Emprendimos este trabajo conscientes de que en muchos momentos la dureza de nuestros términos podía llevar a pensar en una cierta soberbia de nuestra parte. No pretendemos aquí relativizar lo planteado. Simplemente queremos dejar claro que en ningún momento nos ubicamos en un lugar de superioridad; por el contrario la dureza, si es que la hubo, se debió simplemente al hecho de sentirnos parte de este proceso. Es así que si la hubo, fue con nosotros mismos.

No dejamos de preguntarnos permanentemente si realmente estábamos refiriéndonos a la reconceptualización, ya que los errores del Servicio Social reconceptuado se reeditan permanentemente. Claro que se reeditan también

con su espíritu renovador y de cuestionamiento radical al conservadurismo y la claudicación.

Bibliografía

- Althusser, Louis: 1977, *Posiciones*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Ander-Egg, Ezequiel, 1971, *El Servicio Social en la encrucijada*, México, Editorial Four-nier.
- Cohn, Gabriel: 1991, *Weber*, San Pablo, Editorial Atica.
- Hobsbawm, Eric: 1995, *Breve século XX 1914-1991*, San Pablo, Companhia Das Letras.
- Iamamoto, Marilda y de Carvalho, Raul: 1993, *Relações sociais e Serviço Social no Brasil, esboço de uma interpretação histórico-metodológica*, Sao Paulo, Cortez editor.
- Iamamoto, Marilda: 1995, *Renovação e conservadorismo no Serviço Social, ensaios críticos*, San Pablo, Cortez editora.
- Kruse, Herman C.: 1970, *Filosofía del siglo XX y servicio social*, Buenos Aires, Ecro.
- : 1976, *Introducción a la teoría científica del Servicio Social*, Buenos Aires, Ecro.
- Lima Santos, Leila: 1993, *Textos de Serviço Social*, San Pablo, Cortez editora.
- Lukács, Georg: 1989, *História e consciência de classe, estudos de dialéctica marxista*, Rio de Janeiro, Elfos editora.
- Marx, Karl y Engels Friedrich: 1986, *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 3 tomos.
- Netto, José Paulo (comp.): 1992a, *Lukács*, San Pablo, Editorial Atica.
- : 1992b, *Capitalismo monopolista e Serviço Social*, San Pablo, Cortez editora.
- : 1994, *Dictadura e Serviço Social. Uma análise do Serviço Social no Brasil pos-64*, San Pablo, Cortez editora.

Quiroga, Consuelo: 1991, *Invasão positivista no marxismo, manifestações no ensino da Metodologia no Serviço Social*, San Pablo, Cortez editora.

AA.VV.: 1994, *Cuadernos de Trabajo Social* N° 3, Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

Resumen

El artículo recorre críticamente el movimiento de reconceptualización de la década del 60, y señala las deficiencias del Trabajo Social durante los últimos treinta años. Ellas se vinculan con la identidad de la profesión, permanentemente puesta en cuestión, con su objeto, con la asunción de que a partir de la práctica se crea teoría, etc. Uno de los resultados es el de experimentar una omnipotencia, que según el autor, es correlato de la impotencia. Asimismo el autor ensaya una autocrítica al tiempo que condena lo que denomina "conservadurismo" en el servicio social.